



Rosario Robles

Hartazgo

La confrontación entre los partidos, el IFE y las televisoras que hemos presenciado en los últimos días no es más que la expresión de la inoperancia de una ley electoral que dejó a un lado los intereses ciudadanos y se asumió exclusivamente desde la perspectiva de los primeros. Demuestra también la degradación de las instituciones (en este caso el IFE) y de la política. La sola pretensión de transmitir más de 24 millones de *spots* (no importa si es a costa de los tiempos comerciales o de los que corresponden a la audiencia) para promover la elección de diputados es un insulto en cualquier circunstancia. Lo es más en medio de la crisis y del hecho duro de que a diario miles de mexicanos se quedan sin empleo y la política (y los políticos) no parece ser la solución a sus problemas. El asunto es extraordinariamente grave porque la correcta pretensión de limitar el poder de las televisoras y supuestamente disminuir los costos de las campañas políticas (una verdad a medias, pues sólo se bajaron 30 por ciento en lugar de 70 por ciento en las prerrogativas por el ahorro que tendrán por no pagar la propaganda electrónica) se ha convertido en un búmeran. El resultado no será el de la intención inicial. El hartazgo se convertirá en el estado de ánimo de una sociedad que, por más que la traten como si fuera menor de edad, está totalmente capacitada para entender que este modelo electoral está lejos de fortalecer la democracia, motivar la participación ciudadana, de educar y construir ciudadanía. El IFE es hoy una institución maltrecha que dejó atrás sus tiempos de grandeza para convertirse en una simple burocracia que administra

tiempos, define pautas y (lo que es peor) se asume en la práctica como el principal actor de la contienda cuando este papel le corresponde a los candidatos y sus partidos. Y en toda esta disputa los ciudadanos no importan. Están maniatados. No pueden arribar a los medios electrónicos para dar su opinión sobre algún candidato o partido. El manejo en la televisión y la radio va a estar vigilada para que no se "rompa con la equidad", todo ello a partir del criterio subjetivo de unos cuantos y, por supuesto, ni pensar siquiera en solicitar participar como ciudadanos en un proceso que los partidos políticos decidieron que era de su sola competencia. Al ciudadano sólo lo quieren para el voto, como ejército, como carne de cañón en una contienda que es propiedad de los partidos. Por ley les corresponde el papel de simples observadores cuyos derechos no importan (ya no hablemos del relacionado con

EL IFE es hoy una institución maltrecha que dejó atrás sus tiempos de grandeza para convertirse en una simple burocracia que administra tiempos y pautas mediáticas

la libertad de expresión o el acceso a la información, sino del más elemental derecho a decidir... entre

otras cosas si quieren o no ver una andanada de *spots*).

Las encuestas ilustran muy bien la situación. En un excelente artículo publicado en la revista *Nexos*, José Carlos Castañeda utiliza una serie de indicadores y llega a la conclusión de que, en general, los mexicanos reprueban a su clase política en diez conductas clave (entre otras la tolerancia, la disposición al diálogo y la negociación, la representación de los intereses de la sociedad, la congruencia, etc.). Por su parte, una encuesta de Prospecta Consulting levantada esta semana registra que siete de cada diez ciudadanos están enojados por la interrupción de sus programas de entretenimiento para pasar los *spots* y desapruaba el método de acumular seis o siete en un solo bloque. La gente sabe que esa fue una estrategia de las televisoras para defender sus intereses (70 por ciento), pero es muy clara al contestar que para nada la pauta programada por el IFE le permitirá tomar una mejor decisión el próximo 5 de julio. De seguir por este camino, en la ruta final de la contienda, el hastío y la falta de interés serán la constante en una elección que, de por sí, es complicada porque se trata solamente de renovar una parte del Congreso (la Cámara de Diputados), cuyo prestigio en la población no es alto ni se traduce en una altísima votación. A los partidos no les importa porque saben que los distritos los ganarán los que tengan el mejor ejército, los que puedan movilizar mejor y a más gente. Pero a los ciudadanos sí nos debe importar la calidad de la democracia. Lejos de lo que nos quieren hacer creer nosotros tenemos el mayor poder: nuestro voto. Es tiempo de ejercerlo con conciencia. ■■

rrobles@mileniodiario.com.mx

